

Filosofía

Josep M. Esquirol

El respeto o la mirada atenta

*Una ética para la era
de la ciencia y la tecnología*



gedisa
editorial

Josep M. Esquirol

EL RESPETO O LA MIRADA ATENTA

Serie CLA•DE•MA
Filosofía

I

Introducción: El sentido de la ética del respeto

No se trata del arte de dar [al alma] la vista, porque ya la tiene, sino de procurar que se corrija lo que no está vuelto adonde debe ni mira adonde es menester.

Platón, *La República*, VII, 518 d.

1. Preguntas

Son básicamente tres las cuestiones que planteo en este libro: ¿qué es el *respeto*?, ¿qué es lo que merece respeto? y ¿por qué la *ética del respeto* puede ser una buena propuesta para un tiempo como el nuestro, determinado muy especialmente por la ciencia y la tecnología?

Hay palabras que explican y palabras que necesitan explicación. También hay palabras que, a la vez, explican y necesitan explicación; «respeto» es una de ellas. En principio, la experiencia de respeto a algo o por alguien no es nada extraña o problemática sino que entra dentro de lo más nor-

mal, sin pliegues ni misterios. Y sin embargo, puede resultar muy fructífero reflexionar sobre el sentido del respeto. Se trata de una actitud moral muy importante —de las que más— y, a pesar de ello, ha sido muy poco estudiada en comparación con las innumerables páginas dedicadas, por ejemplo, al amor o a la justicia. Como ocurre con otros grandes temas, la misma riqueza de su significado dificulta un poco la tarea de definir su concepto clave; como si de un extenso y variado paisaje se tratara, hay que encontrar lo que de más esencial hay en él. Lo que aquí se defenderá es que lo esencial del respeto viene dado por la *mirada*.

La segunda de las preguntas arriba enunciadas reproduce, de hecho, una manera habitual de hablar del respeto: se cree, y se dice, que hay personas y cosas que deben ser respetadas, que *merecen respeto*. A través de esta expresión, advertimos que el respeto es una actitud ética que nos vincula directamente con las cosas, con el mundo. No es que pretenda con esto resucitar viejos y más o menos ingenuos realismos; después de algunas lecciones de la filosofía moderna, ya no es posible obviar la centralidad de la persona en tanto que sujeto cognoscente, y, sin embargo, eso no quita que, como también se ha intentado abordar en algunos planteamientos contemporáneos, se ensaye una filosofía que gire en torno a la pregnante relación entre el yo y el mundo. En una filosofía de este tipo, el respeto podría ser un tema privilegiado ya que en él se encuentran vinculados, de forma radical, el yo y el mundo, actitud respetuosa (del sujeto) y alguien o algo como términos intencionales de dicha actitud. La reflexión sobre lo que merece respeto nos llevará a las ideas de *armonía*, *fragilidad* y *secreto* y veremos cómo, a partir de ellas, es posible entender porqué hay cosas en el mundo dignas de ser respetadas.

Con la tercera pregunta quisiera poner de manifiesto si no una urgencia, sí por lo menos una oportunidad, es de-

cir, literalmente, un *buen momento* o un momento conveniente para promover una ética basada en el respeto. Nadie discute que vivimos en la era de la ciencia y la tecnología; en un tiempo en el que ciencia y tecnología no son sólo motores de la sociedad sino también formas de ver y de entender el mundo y la vida. De hecho, incluso a escala planetaria, la *cosmovisión tecnocientífica* está siendo cada vez más hegemónica. Pues bien, lo que pretendo no es que *dentro* de esta cosmovisión el respeto tenga un papel más relevante; mi objetivo es distinto y consiste en mostrar que *el respeto es el eje de una cosmovisión distinta de la tecnocientífica*. Cosmovisión, la del respeto, que, al ser asumida junto con la que ya es hegemónica, nos haría menos unidimensionales y más equilibrados, en un momento en que tanto la superficialidad como el desequilibrio son síntomas inequívocos de nuestra sociedad.

2. A partir de expresiones cotidianas

A menudo la filosofía encuentra en los giros del lenguaje familiar y coloquial no sólo un punto de partida para la reflexión sino también alusiones a los contenidos más esenciales. La palabra «respeto» forma parte de nuestro hablar cotidiano, todo el mundo la usa, sabe lo que significa y entiende que el respeto a las personas y a determinadas cosas es un buen ejemplo de conducta moral. También es uno de los términos más utilizados en los discursos de carácter moral y político y en las teorías éticas de todos los tiempos. Aparece por doquier: «el respeto a la dignidad humana», «el respeto a las cosas públicas», «el respeto al medio ambiente», «el respeto a los mayores», «el respeto a uno mismo», «el respeto a la justicia y la libertad», «el respeto a la ley», «el respeto a las obras de arte», «el respeto a los animales y a la naturaleza», «el respeto a lo sagrado»...

El respeto es una relación intencional, una actitud hacia alguien o algo, actitud que lingüísticamente se refleja en la expresión «*respetar a...*»; pero, dado que podemos pensar en un motivo o en una razón del respeto, se utiliza también la expresión «*respeto por...*»: así, en con «respeto por su vejez» se entiende que la vejez es la principal razón de un tipo de respeto hacia esa persona. También nos encontramos con la expresión «*respeto de...*» cuando nos referimos al sujeto del respeto, al quién de esa actitud; así, por ejemplo: «el respeto de los alumnos a su profesor» o «ganarse el respeto de todos».

Es posible referirse al respeto como un tipo de actitud: «una actitud respetuosa», o como una virtud, la del hombre que es respetuoso. Las acciones también pueden ser calificadas de respetuosas, y entre ellas destaca el uso del lenguaje, vehículo privilegiado de la acción; en efecto, puede darse un «lenguaje respetuoso», a diferencia de cuando se habla de forma basta, descomedida, grosera o, lo que tal vez sea peor, cuando se habla sarcásticamente y se profieren insultos y ofensas. Hablar respetuosamente de alguien significa tener cuidado con las palabras que respecto a él o ella se usan, evitando los términos demasiado directos y escogiendo más bien los que se refieren o alcanzan a esa persona de forma suave y medida; palabras que, en definitiva, son capaces de guardar siempre una distancia, la «distancia respetuosa».

Pero fijémonos en que, dándose todos estos modos de emplear la palabra, no es evidente cómo deba definirse el respeto. En el lenguaje de las actitudes (en el lenguaje moral) los límites de las significaciones son muy poco nítidos y, a menudo, cual si de materiales flexibles se tratara, se los puede estirar, solapar y entrecruzar con otros significados. Por ejemplo, en la conocida frase de Marx: «El obrero tiene más necesidad de respeto que de pan», vemos que la voz *respeto* significa algo muy afín a reconocimiento (incluso en el

sentido filosófico que Hegel había dado a éste término); el obrero, en lugar de ser tenido como mera fuerza de trabajo inserta en un proceso de producción industrial, quiere ser reconocido como sujeto. Y, sin embargo, me parece que el respeto es algo más que el reconocimiento: si bien el respeto presupone el reconocimiento, no necesariamente el reconocimiento presupone el respeto. De modo que tal vez habría estado mejor dicho: «El obrero tiene más necesidad de reconocimiento que de pan».

Para dar con lo nuclear del concepto de respeto conviene fijarse en aquellas situaciones en que equivale a *atención*: tratar a alguien o a algo con respeto significa por de pronto tratarlo con atención. En cualquier diccionario encontraremos que el significado de la palabra respeto se aproxima o viene a ser equivalente a los significados de consideración, deferencia, atención, miramiento... Por ejemplo, esta palabra castellana, *miramiento*, puede funcionar perfectamente como sinónimo de respeto: tratar a alguien con miramiento es tener hacia él una atención, un respeto. En alemán, la palabra *Achtung* significa tanto *respeto* como *atención*. Pues bien, aquí está, a mi parecer, el auténtico núcleo del tema: en la atención. Más precisamente: lo defendido en este libro es que *la esencia del respeto es la mirada atenta*. Naturalmente, vamos a ir analizando el que la mirada atenta sea *condición* de posibilidad del respeto propiamente dicho y, en definitiva, por qué *la esencia del respeto es la mirada atenta*. Seguramente, en el transcurso de esta indagación, no nos faltarán algunas paradojas: aunque el respeto surge de la mirada atenta, hay «respetos» superficiales que precisamente se desvanecen al pasarlos por la criba de la mirada atenta y del examen detenido. Es obvio que no todo lo que miramos atentamente acabamos respetándolo, pero lo que sí puede decirse es que algunas cosas que alcanzamos a mirar atentamente también acabamos respetándolas.

3. Mirada atenta, mirada ética

¿Qué es lo más laborioso? Lo que parece fácil: poder ver con los ojos lo que a la vista tienes.

Goethe

La mirada tiene algo de extraño, de paradójico: la total facilidad de mirar contrasta con la dificultad de mirar bien. Si hay luz, con solo abrir los ojos se nos aparecen las cosas que nos rodean, pero en cambio hay que prestar atención, fijarse bien, para darse cuenta de según qué aspectos de la realidad y, sobre todo, para percibir las cosas de otra manera. El solo ver, el mero percibir visual casi no cuesta ningún esfuerzo (de ahí, por ejemplo, el éxito de la televisión), mientras que el mirar bien, eso sí que cuesta: dirigir la mirada y concentrarse en algo supone ya un esfuerzo y acarrea, por tanto, un cansancio. Además, se da la circunstancia de que muchos de los contextos en que nos movemos nos inducen, en general, a no emplearnos demasiado a fondo, y eso, sumado a nuestra personal economía de ahorro energético, explica que la mirada atenta sea más inusual de lo que en un principio podría pensarse.

Hay que subrayar esta escasez: el movimiento de la atención no es frecuente, sino raro. Por lo común tendemos a tratar a personas y a cosas automáticamente, siguiendo pautas asumidas la mayoría de las veces de forma acrítica. Pero con este proceder las cosas en realidad no se nos muestran, o lo hacen sólo superficialmente. Ocurre, de hecho, que el movimiento de la atención no es sólo para rescatar al otro o a lo otro, sino también a uno mismo. Frente a la asunción y la repetición de tópicos, frente a la eficacia de algunos esquemas ideológicos de los que nos servimos para justificar nuestras opiniones –así como las acciones o las inacciones

que las siguen—, la atención se convierte en la tarea del que *debe* empezar de nuevo, del que se sabe sujeto de responsabilidad y llamado a ser uno mismo (tema tan viejo, por lo menos, como la propia filosofía). Resulta tan cómodo dejarse llevar y existen tantos intereses en que la gente se deje llevar que esta apelación al sí mismo es decisiva. Y nadie se engañe pensando que sólo son las «masas» las manipuladas por los eslóganes de la propaganda y por los prejuicios ideológicos; también los intelectuales, y los políticos, y los científicos... repiten los tópicos, sólo que, a veces, adornados con una retórica algo más refinada.

¿Qué es lo que la atención añade a la mirada, hasta el punto de transformarla tan significativamente? ¿Por qué el esfuerzo de la atención supone mucho más que un simple aumento de la lente? Y henos aquí, en fin, con la pregunta clave: *¿Por qué la atención dota a la mirada de una significación moral?*

Huelga decir que lo de la mirada se emplea aquí en un sentido amplio que, si bien incluye la acción de los ojos del rostro, acoge también, y no precisamente en un segundo plano, la «mirada de la mente»: en ocasiones es con los ojos cerrados cuando más claramente vemos: «No todos los que ven han avierto* los ojos, ni todos los que miran ven».¹

Y también el *bajar o apartar la mirada* puede, a veces, hacerse por respeto. Los casos así tienen algo de paradójico pues en ellos *quien aparta la mirada es quien mejor ve*. Precisamente aparta la mirada porque ve o ha visto bien una determinada situación; en cambio, quien ahí continúa mirando es que no se da cuenta de lo que debería dársela, y entonces su mirada se convierte en indiscreción, si no en ofensa. Y luego está el que, en los casos que venimos supo-

* *sic* (grafía del autor).

1. Gracián, B., *Oráculo manual y arte de la prudencia*, [par. 230], Madrid: Cátedra, 2003, p. 228.

niendo, no aparta la mirada porque, como no ha sabido mirar bien, no ha advertido lo que, por respeto, merecería ese distanciamiento. Porque, en efecto, el apartar la mirada es un distanciamiento.

La oportunidad de, en ciertas circunstancias, bajar la mirada la entenderemos todavía mejor si recordamos que el de la vista es el sentido corporal más directo y más efectivo: llega rápidamente y sin mediaciones. Puede ser también el más indiscreto de los sentidos y de ahí que nos convenga desviarla en más de una ocasión. Por otra parte, esto nos enseña que la mirada atenta no es precisamente la mirada insistente e indiscreta, sino más bien lo contrario: *la mirada atenta es la que sabe mirar con discreción*. Mirar atentamente no es clavar la mirada, es más bien dirigir la mirada con cuidado, sin prisas, y con la flexibilidad suficiente como para poder desviarla cuando la situación lo exija.

En fin, la acción de apartar la mirada, además de mostrarnos que la más lúcida de las miradas no es la de los ojos, nos empieza a enseñar todavía algo mucho más importante: *la dimensión ético-moral de la mirada atenta*. Mirada atenta empieza a ser sinónimo de *mirada ética*.

Lo pertinente de hablar de mirada ética se pone también de manifiesto si recordamos que, en las relaciones interpersonales, *la ignorancia* o *la indiferencia* que uno puede exhibir respecto a otro tiene ya una significación moral. Ignorar al otro contrasta, precisamente, con tenerlo en cuenta, con atenderle o considerarle. En este sentido, la atención es el primer *movimiento* con significación ética. El respeto requiere una atención, y la atención, un acercamiento, una aproximación.

«Haber tenido una atención hacia alguien» equivale a haberle tratado con respeto. En la práctica puede suponer cosas bastante diferentes, pero con el común denominador de haber mirado bien, de no haber sido indiferente, de haber-

se fijado en esa persona y, por unos momentos, haberla convertido en destino de nuestra mirada.

Cuando, al andar el camino de la vida, dejamos de atender a lo que nos queda en los márgenes, eso, lo que no es ni siquiera percibido, todavía menos puede ser objeto de respeto. Sin mirar, sin atender, no sólo desconozco, sino que incluso puedo pisar. La ignorancia es antagónica al respeto. De ahí que en la mirada y la atención se mezclen lo cognoscitivo y lo moral. Doble dimensión que, por ejemplo, encontramos reflejada en este interesante pasaje de las *Disertaciones* de Epicteto: «Ahora, cuando digas: “Mañana prestaré atención”, sábetete que lo que dices es esto: “Hoy seré desvergonzado, impertinente, malvado; dependerá de otros el entristecerme; hoy me irritaré, seré envidioso”. Mira cuántos males vuelves contra ti. Pero si mañana va a estar bien, ¡cuánto mejor hoy! Si mañana va a ser conveniente, mucho más hoy, para que también mañana seas capaz y no lo retrases de nuevo a pasado mañana».²

Me interesa muy especialmente este pasaje porque en él Epicteto establece una estrechísima vinculación entre atención y comportamiento moral. Prestar atención es garantía de buena conducta y de felicidad; dejar de prestarla, lo es de todo lo contrario. Además, advierte Epicteto de lo difícil que es prestar atención cuando ya se ha perdido la práctica de hacerlo. Porque el ser atento es un hábito, una manera de proceder en la vida. Así, sigue escribiendo: «¿Por qué no mantienes constante la atención? “Hoy quiero jugar.” ¿Qué te impide que pongas atención?». Se trata de un hábito que no debe perderse y que puede acompañar algunas de nuestras acciones cotidianas. Aplazarlo es un mal síntoma, ya no sólo por los males que esta baja guar-

2. Epicteto, *Disertaciones*, [Libro IV, XII], Madrid: Gredos, 1993.

dia puede facilitar, sino porque la falta de práctica hace cada vez más difícil la recuperación.

Si buscáramos antecedentes, cabría decir que la tesis de que la mirada ética es la mirada atenta ya fue defendida por Sócrates,³ el mejor maestro que pueda tener la filosofía. La ética del respeto tendría algo o mucho de socrático. Pero se distanciaría en un aspecto importante del intelectualismo moral—a veces algo abstracto y elitista—que de Sócrates se ha derivado. La ética del respeto no es una ética intelectualista; la atención nos sitúa, como también se subraya en las palabras de Epicteto, en contacto directo con las cosas de la vida; no es una ética especulativa, elaborada en la torre de marfil o en la academia, que pocos nexos tienen con estas cosas y sólo a posteriori habrá que mundanizar; la ética del respeto y de la atención surge en el seno de la vida misma. Dicho de otro modo: la atención a que aquí nos referimos no procede de la escuela filosófica, sino de la escuela de la vida. Llegados a este punto, se me ocurre un buen ejemplo, sacado de la cinematografía: el de la película de Akira Kurosawa, *Dersu Uzala*, inspirada en las novelas de viajes de Vladimir Klavdievic Arseniev. Su protagonista, Dersu, es un viejo cazador cuya vida se encuentra muy ligada al medio que le rodea; parece como si él y la naturaleza formaran una misma realidad. Dersu es contratado como guía por Arseniev, oficial de una expedición que va a explorar desolados parajes de Siberia. A lo largo de todo el relato, lo que se nos hace evidente es que la *mirada* de Dersu es muy distinta de la de los demás exploradores. Y es distinta, sobre todo, en esto: se trata de una mirada atenta. Cuando los expedicionarios miran a su alrededor, ven cosas muy distintas. La mirada de Dersu

3. Como es sabido, Sócrates pensaba que la virtud, la *areté*, se fundaba en el conocimiento, en el conocimiento de sí mismo y en el conocimiento de la verdad de las cosas. Nadie es malo conscientemente, sólo lo es por ignorancia.

es más rica que la de Arseniev: ve más y más profundamente. Por eso, Dersu se orienta mejor, conoce mejor la importancia de las cosas, incluso las más pequeñas, y es más capaz de sobrevivir en esa tierra durísima. Pero hay todavía algo más importante para lo que aquí nos ocupa: precisamente porque la mirada de Dersu es más atenta, es más respetuosa: Dersu *respeto porque ve*; su lucidez es simultáneamente respeto hacia las personas, los animales, la naturaleza. Arseniev aprende de la mirada de Dersu; gracias a Dersu, descubre otras dimensiones de la naturaleza y de la vida.

Así pues, la ética del respeto no puede ser ninguna huida del mundo de los problemas cotidianos. En primer lugar, porque la mirada atenta está al servicio de la orientación, y no de la orientación meramente teórica, sino de la orientación en la vida, *tout court*. Lo mismo que en medio del bosque hay que mirar bien para saber dónde estamos y hacia dónde debemos caminar, la mirada atenta es la condición para orientarse en la vida. Y, en segundo lugar, porque la mirada atenta nos conecta estrechamente con el mundo, en ningún caso es una evasión de éste, ni una pretendida mirada especulativa desde la atalaya del pensamiento.

Quien más atención presta, mejor se orienta y más respeta.

4. No hay sociedad sin respeto

No forma parte del centro de gravedad del tema, al menos del centro de gravedad que en esta propuesta va a ir definiéndose y, sin embargo, en esta primera aproximación al respeto conviene hacer una breve referencia a la importancia que tradicionalmente y todavía hoy se le da en tanto que puntal de nuestra existencia colectiva.

Se estará fácilmente de acuerdo en que sin respeto alguno es imposible la sociedad humana. Desde luego, ninguno

de nosotros estaría ahora aquí si, en general, los hijos no hubiesen tenido respeto alguno a sus padres; si las leyes y las costumbres sólo hubiesen sido objeto de burla y menosprecio, si no se respetasen los lugares y las instituciones públicas... y, en suma, si nadie respetase a nada y a nadie.

Es cierto que lo que ha sido y es objeto de respeto ha ido cambiando a lo largo del tiempo y difiere también de unas culturas a otras. Hay cosas que, afortunadamente, han dejado de ser objeto de respeto como, por ejemplo, ciertas prácticas sacrificiales violentas vinculadas a determinadas creencias religiosas, o, también, toda una larga serie de derechos y privilegios ligados a una concepción jerárquica de la sociedad que según la categoría social hacía respetables a unos pocos y relegaba a la mayoría a lo más bajo e insignificante. Para evitar que se den esos y otros muchos abusos es preciso reflexionar a fondo sobre lo que «merece» respeto, pues por desgracia es demasiado frecuente que lo que debe ser respetado no lo sea, y que lo que sí es respetado no debería serlo.

Pero, sin entrar ahora en este examen de lo que merezca o no merezca respeto, lo que, sin necesidad de compartir ningún especial conservadurismo ni nostalgia de tiempos pasados, considera la gente un mal síntoma social es la falta de respeto; como si, en nuestro interior, no dejase de resonar la certidumbre de que sin respeto no habría sociedad humana. Tan enraizada está esta creencia que incluso nos ha llegado vehiculada en los mitos. Viene aquí muy a cuento una versión del mito de Prometeo pues no sólo pone de manifiesto el carácter fundante del respeto, sino que, en cierto modo, lo sitúa al mismo nivel de importancia que se le suele reconocer a la capacidad técnica. Y, por de pronto, es evidente que no subsistiría la ciudad de los hombres sin la técnica, de la que la ciudad misma es expresión privilegiada —más adelante presentaré esta dimensión técnica de la condición humana bajo el concepto de *cosmopoiesis*. El grado

es más rica que la de Arseniev: ve más y más profundamente. Por eso, Dersu se orienta mejor, conoce mejor la importancia de las cosas, incluso las más pequeñas, y es más capaz de sobrevivir en esa tierra durísima. Pero hay todavía algo más importante para lo que aquí nos ocupa: precisamente porque la mirada de Dersu es más atenta, es más respetuosa: Dersu *respeto porque ve*; su lucidez es simultáneamente respeto hacia las personas, los animales, la naturaleza. Arseniev aprende de la mirada de Dersu; gracias a Dersu, descubre otras dimensiones de la naturaleza y de la vida.

Así pues, la ética del respeto no puede ser ninguna huida del mundo de los problemas cotidianos. En primer lugar, porque la mirada atenta está al servicio de la orientación, y no de la orientación meramente teórica, sino de la orientación en la vida, *tout court*. Lo mismo que en medio del bosque hay que mirar bien para saber dónde estamos y hacia dónde debemos caminar, la mirada atenta es la condición para orientarse en la vida. Y, en segundo lugar, porque la mirada atenta nos conecta estrechamente con el mundo, en ningún caso es una evasión de éste, ni una pretendida mirada especulativa desde la atalaya del pensamiento... y vestidos, cultivaron el campo... Pero pasaba el tiempo y vivían todavía dispersos, lo cual los exponía a muchos peligros de la naturaleza. Cuando intentaban vivir juntos con la creación de ciudades, pronto discutían entre sí y se atacaban unos a otros tanto que de nuevo se dispersaban y perecían. Entonces Zeus, al percatarse de ello, decidió intervenir para dotar al hombre con algo de lo que aún carecía: justicia y respeto: «Zeus, entonces, temió que sucumbiera toda nuestra raza, y envió a Hermes encargándole que diera a los hombres el respeto y la justicia (*aidos y dike*), para que hu-

4. Platón, *Protágoras*, [320c-322d], en *Diálogos*, vol. I, Madrid: Gredos, 1981.

biese orden en las ciudades y vínculos de amistad entre sus habitantes».

El respeto, junto con la justicia, es visto ahí como elemento indispensable para la creación de las ciudades (es decir, de la sociedad humana); tiene, pues, un carácter fundacional y va unido al orden que hace posible que exista la ciudad de los hombres. En muchas culturas antiguas, la ciudad se concebía precisamente como un pequeño mundo, un «cosmion», que, a su vez, tenía cierta relación con otro orden, de carácter trascendente (el orden de lo divino). Se pensaba que los hombres formaban parte de un orden humano, que a su vez participaba de un orden trascendente. Aquí entra en juego el tema de lo sagrado. No dejemos de tener en cuenta que la relación entre el respeto y lo sagrado es de las más originarias: el respeto máximo era precisamente el respeto que se debía a lo sagrado. Relación ésta originaria, que explicaría bastante bien la dificultad de mantener hoy el sentido del respeto en una sociedad como la actual de Occidente que casi ha perdido ya del todo el sentido de lo sagrado, pues, efectivamente, en la cosmovisión tecnocientífica no parece que haya lugar para lo sagrado. A decir verdad, no es este fenómeno ningún motivo de optimismo, sino más bien, como ya le había ocurrido a Zeus, de preocupación.

En muchas culturas, el vínculo con lo sagrado se actualizaba en forma de respeto a lo fundante, venía a ser un «inclinarse» ante lo que precedía como fuente de vida; tal es siempre, en gran parte, el significado del respeto a los dioses, a los ancestros y a los textos fundacionales (cuando los hay): la relación respetuosa con lo fundacional es lo que garantiza la perduración y la subsistencia del mundo humano. Esta creencia, tan antigua como sensata, podría seguir interpelándonos hoy día, aunque quizás –eso sí– con una formulación más genérica y susceptible de ulteriores concreciones: *el orden –las cosas– que respetamos y*

servimos es, a la vez, el orden que nos sirve y permite nuestra vida.

Aquí, sobre todo para evitar interpretaciones erróneas y tendenciosas, no vamos a tomar el concepto de lo sagrado ni como punto de partida ni como eje de nuestra exposición. La insistencia en que lo esencial del respeto es la mirada atenta ha de ser suficiente como para llegar, por otro camino, a recuperar, al menos en parte, la significación que lo sagrado ha tenido en otras épocas. Con la ventaja añadida de que la mirada atenta no sólo puede llevar a la cuestión de lo sagrado, sino también y con entera naturalidad a temas vecinos indicados por términos como: pudor, moderación, vergüenza, escrúpulo, indulgencia, consideración, etcétera.

En fin, quedémonos por ahora con la idea de que el respeto, como querido por los dioses, ocupa un lugar importante en la aptitud moral del ser humano; la misma importancia que en otros planteamientos religiosos y filosóficos se ha dado al amor, a la piedad o al egoísmo.

5. La oportunidad de la ética del respeto

Que apelemos a la *oportunidad epocal de la ética del respeto*, es decir, a su conveniencia para el mundo de hoy, no significa sino que esta actitud –que ya de siempre ha acompañado en mayor o menor medida la existencia humana– puede ser de gran valor para hacer frente a problemas específicos del contexto contemporáneo y, más en general, que puede ayudar a orientarnos mejor, es decir, a tener una visión más rica y más profunda del mundo en que vivimos... desviviéndonos.

Así, por ejemplo, con una mayor presencia de la actitud respetuosa cabría esperar que se contrarrestaran dos rasgos desafortunadamente muy extendidos en nuestra sociedad: la *indiferencia* y la *avidez de posesión y de consumo*. Es la

nuestra una época de encumbramiento de la facilidad: ser indiferente no cuesta nada; para ser indiferente basta con no hacer nada. Y, excepto dinero, el consumo tampoco cuesta: todo el potente sistema económico actual parece una inmensa conjura tramada para sumergirnos en un consumo fácil y desaforado. Con estas predominantes tendencias contrasta el *movimiento* del respeto: mientras la indiferencia es la *distancia total*, y la posesión y el consumo suponen la *supresión de toda distancia*, el respeto coincide precisamente con la *proximidad* (con ese acercamiento que mantiene a la vez cierta distancia). No se trata de movimientos excluyentes: también la posesión y la distancia tienen y deben tener su papel en la vida humana. Lo preocupante es el *exceso* de un tipo de movimiento y la carencia del otro: la sociedad contemporánea se caracteriza mucho más por la indiferencia y el consumo que por el respeto.

Pero el motivo por el que, ya en el subtítulo del libro, poníamos en relación la ética del respeto con la ciencia y la tecnología es porque nuestro tiempo es el de la técnica, el del despliegamiento del poder tecnocientífico tanto en la configuración social como en la transformación de nuestro hábitat y en la reconstrucción de nosotros mismos. La ingeniería genética, las nuevas fuentes de energía, la revolución de los medios de comunicación y de la virtualidad informática, así como los problemas y peligros asociados a la propia ingeniería genética, al deterioro medioambiental, al despliegue del ciber mundo... ocupan conversaciones, informaciones y artículos de la prensa, redacciones en las escuelas y controversias entre los expertos. Signo de los tiempos, la técnica configura no sólo la vida sino también la *visión* de la vida. La ética del respeto pretende establecer un diálogo con esta visión de la vida.

Como consecuencia del desarrollo científicotécnico y de sus aplicaciones, han aparecido durante las últimas décadas éticas sectoriales como la bioética, la ética ecológica, la éti-

ca de la informática, etcétera. La ética del respeto o de la mirada atenta no es una ética más de este tipo, ni corresponde ni delimita un nuevo campo, sino que es una propuesta que debería preceder a todas ellas y que, en el mejor de los casos, podrá ser desarrollada luego por cada ética sectorial en su área específica. Que el respeto acabara utilizándose en estas éticas sectoriales no –según sucede a menudo– como un concepto operativo y funcional, sino en toda su densidad como formando parte central del planteamiento, sería lo que mejor reflejase su consistencia y sus posibilidades.

Por otra parte, con una adecuada teoría del respeto serán más factibles tanto la corrección de argumentos impropios o equívocos (y por lo tanto débiles e ineficaces) como la promoción de certeros planteamientos basados en el respeto. Un ejemplo de la primera situación: abundan los llamamientos a respetar la naturaleza hechos en aras de la salud y del bienestar del hombre actual y de las generaciones futuras; pero ésta es una manera impropia de hablar, puesto que el respeto nada tiene que ver con un cálculo de costes y beneficios.⁵ Un ejemplo de la segunda: en el preámbulo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 aparece dos veces la palabra respeto: queda claro que *la principal finalidad* de la declaración es desarrollar el *respeto* de los derechos y de las libertades. En este caso, el esclarecimiento y la profundización en el sentido del respeto puede ser una contribución efectiva al progreso de la citada finalidad.

La ética del respeto representa una novedad en el campo de la ética; una novedad porque si bien del respeto se ha hablado siempre, salvo Kant –y aun en él de forma muy especial, como en su momento comentaré– no se ha ideado un planteamiento que lo tuviese por centro. Lo que sí hay que

5. La misma denuncia que hace Kolakowski en su ensayo *Libertad, fortuna, mentira y traición*, Barcelona: Paidós, 2001, p. 95.

reconocer son las deudas que la ética del respeto tiene contraídas: he de destacar la filosofía socrática –a la que ya me he referido–, la estoica, la kantiana y la personalista de autores como Lévinas o Ricoeur, entre otras. Para un trabajo ulterior, aplazo el diálogo que la ética del respeto puede establecer con otros discursos contemporáneos como el de Hans Jonas y su principio de responsabilidad o el de Jürgen Habermas y su ética discursiva. Así como también queda pospuesta la proyección de la ética del respeto a problemáticas o ámbitos específicos.

Tras esta primera aproximación, en las páginas siguientes analizaremos las ideas de mirada atenta y de respeto, para lo cual nos servirá de ayuda examinar previamente los rasgos de *otra* perspectiva distinta, la tecnocientífica (pues además de ser hoy la que prevalece, sus contrastes con el mirar que aquí propugnamos nos resultarán muy instructivos).

Cuando Simone Weil escribía que «lo que nos salva es la mirada», presuponía, naturalmente, que era la mirada atenta la que gozaba de ese necesario y saludable efecto. Este presupuesto es mi convicción.

Puesto que de la mirada atenta surge el respeto, casi todo lo que tenemos que contar se podría resumir parafraseando las conocidas palabras agustinianas, «ama y haz lo que quieras», de este modo: «presta atención –mira atentamente– y haz lo que quieras».